

Análisis de la columna “Contra las caleñas” de Andrea Díaz

Nicole Rebolledo

Daniel Idarraga

Ellian García

Licenciatura en Español y Filología

Universidad del Valle

Resumen: A través del presente trabajo se desarrolla un ejercicio de análisis de la columna titulada “Contra las caleñas”, publicada por la periodista Andrea Díaz en la revista SOHO. Para ello, se utilizan categorías provenientes de la glotopolítica, en torno entendemos el material objeto de estudio como un intento de ejercer un tipo de regulación sobre el uso social del lenguaje. A partir de ello, se propondrá una serie de categorías de análisis que permitan la comprensión de las representaciones ideológicas de las distintas comunidades en Colombia, con qué se las asocia y cómo se naturaliza esta percepción.

Palabras clave: Representaciones ideológicas de los hablantes, representaciones ideológicas de las lenguas, ideologías lingüísticas.

Introducción

El estudio glotopolítico analiza “las intervenciones en el espacio público del lenguaje y las ideologías lingüísticas con ellas asociadas” (Arnoux, 2014). En medios de comunicación como las revistas se encuentran declaraciones sobre cómo los usos del lenguaje enaltecen o desprestigian a una comunidad particular pero esta conclusión acostumbra a estar influenciada por la percepción que el medio (o sus asociados) tengan de dicha comunidad. Para el presente artículo, los autores se han propuesto analizar cómo son caracterizadas las identidades de la comunidad bogotana y la comunidad caleña por la periodista Andrea Díaz en su columna “Contra las caleñas” (2011), a partir de los conceptos de guardián de la lengua y discriminación lingüística acuñados por Milroy & Milroy en *Language Authority* (1985) y los conceptos de representación ideológica, asociación y naturalización presentados por Arnoux & del Valle (2010) en *Representaciones ideológicas del lenguaje*.

Con el fin de cumplir este objetivo, se definieron los siguientes objetivos específicos:

1. Caracterizar la representación ideológica de las comunidades bogotana y caleña según las percepciones de la periodista Andrea Díaz a partir de su columna.
2. Explicar por qué la periodista se percibe a sí misma como guardiana de la lengua.
3. Proponer una serie de categorías de análisis que permitan la comprensión de las representaciones ideológicas de dichas comunidades, con qué se las asocia y cómo se naturaliza esta percepción.

En este artículo se encontrarán tres apartados en los que se desarrollarán los objetivos propuestos. En el marco teórico, se abordarán las categorías de análisis mencionadas anteriormente. En la contextualización, se presentará la revista en la que se publicó la columna “Contra las caleñas” de Andrea Díaz, la apuesta editorial que la originó y la razón por la que fue elegida para este trabajo. Por último, en el análisis, se aplicarán las categorías a la columna en cuestión para cumplir los objetivos del artículo.

I. Marco teórico

En el transcurso de este segmento, se establecen los fundamentos y concepciones teóricas que sostienen el presente trabajo, se empieza por una aproximación al lenguaje y su función, pasando por la autoridad en el lenguaje estudiada por Milroy y Milroy (1985) junto a varios autores cercanos a esta rama de investigación, para finalmente, explorar las ideologías lingüísticas que teóricos como Arnoux y del Valle (2010) han reformulado con diversos procesos que subyacen al uso del lenguaje.

Así que, para el desarrollo de este análisis se aplican conceptos relacionados al campo de estudio glotopolítico, el cual, en su gran extensión, busca las formas de intervención, regulación e imposición que establecen determinadas instituciones o individuos particulares sobre el uso y representaciones de una lengua en un contexto histórico, social y cultural específico.

De este modo, es pertinente establecer una línea teórica que comienza por entender el lenguaje como una parte central de la experiencia humana. Whorf (1974) propone que los hábitos lingüísticos de un individuo determinan su visión del mundo, de los fenómenos que en él se inscriben, la concepción de las

relaciones intra e interpersonales, así como la percepción del tiempo y otros conceptos abstractos.

El papel protagónico del lenguaje en la experiencia humana no solo es teorizado, sino que es experimentado como un pilar de la construcción de identidad e identificación individual y colectiva; como resultado de esta construcción también se abre la posibilidad de establecer distinción con el otro que se identifica de forma alternativa.

Si bien es posible tener posturas individuales sobre el lenguaje propio y el de los otros, las posturas ideológicas individuales se forman a partir de referentes, unas ideologías promovidas por la sociedad en la que vivimos y sus instituciones.

Una de las ideologías colectivas que influyen las ideologías individuales es la del lenguaje estándar. Milroy y Milroy definen lenguaje estándar como un constructo mental basado en normas abstractas que se caracteriza por pretender la homogeneidad en los usos del lenguaje y pretende eliminar toda posibilidad de variación (1999, p.19). Los autores aclaran que el lenguaje estándar no es una forma empírica y que más bien se refiere a una variedad o grupo de variedades elegidas y luego aceptadas e impuestas como tal (1999, p. 22).

Posterior a la aceptación de la ideología del lenguaje estándar aparece la prescripción, pues al construir una idea sobre el lenguaje en uso apropiado, correcto, se infiere la existencia de variantes inapropiadas e incorrectas que deben ser eliminadas. Esta prescripción, y la ideología que le da lugar, es promovida por instituciones sociales como el sistema educativo, los medios de comunicación, el sistema judicial, los grupos empresariales, la industria del entretenimiento (Lippi-Green, R. 1994, p.167), y es ejercida por individuos vinculados a dichas instituciones, o influenciados por ellas, que se identifican como guardianes, como los defensores de la forma correcta de usar el lenguaje (Milroy y Milroy, 1999, p. 10). Estos guardianes del lenguaje, como los

describen Milroy y Milroy, no son versados en el funcionamiento y planteamiento de este lenguaje ideal desde un punto de vista disciplinar, ni cuentan con recursos técnicos para diferenciar el sistema lingüístico del lenguaje en uso o sustentar la importancia de la estandarización (1999, p. 14). Sin embargo, en su defensa del ideal lingüístico, sí encuentran una serie de argumentos valorativos asociados con la clase, etnia, educación, capacidad intelectual e incluso percepciones morales de aquellos individuos que no se inscriben en el uso de la variedad estándar en alguno de sus niveles (Lippi-Green, R. 1994, p 166) (Milroy y Milroy, 1999, p. 21).

Hablar la variedad que se clasifica como estándar, implica gozar de los beneficios que trae estar en la línea de las instituciones que la promueven, y por consiguiente, las comunidades e individuos que se ubican en una posición opositora, consciente o inconscientemente, se enfrentan a los guardianes de la lengua, ubicados en distintos puestos de poder, a su prescripción y a sus valoraciones negativas¹, las cuales dificultan el acceso a las instituciones que respaldan a los guardianes.

Es en la prescripción que ejercen los guardianes de la lengua estándar sobre los individuos que no hacen uso de la variante ideal, junto con las asociaciones y estereotipos que construyen de ellos donde aparece la opacidad de la discriminación basada en los usos del lenguaje. Rossina Lippi define este concepto en el marco de la discriminación, en la que establecen prejuicios sobre los individuos a partir de su acento. Plantea que, al rechazar un acento, el cual concibe como una manifestación de la identidad, (incluyendo en nuestra opinión la identidad lingüística) realmente se rechaza al individuo: su lugar de origen, su posición socio-económica, su etnia, su color de piel (1994, p 166), todas estas discriminaciones no justificadas políticamente, que encuentran un potencial escape a través del señalamiento a partir de los usos del lenguaje (Milroy y

¹ Para ampliar la discusión sobre las consecuencias que viven aquellos que no hacen uso de la variedad estándar, se sugiere revisar el trabajo de Rosina Lippi-Green(1994).

Milroy, 1999, p. 2). Es así como las instituciones sociales avalan, justifican y estimulan la discriminación a distintos niveles siempre y cuando esté enmascarada en la defensa del lenguaje estandar.

Finalmente, en relación con lo anteriormente expuesto, nace inevitablemente una pregunta, ¿cómo se construye esa identidad lingüística en primer lugar? esta es originalmente un producto histórico que una determinada sociedad crea con base en representaciones sociolingüísticas, las cuales son generadas a partir de asociaciones entre los hablantes de una lengua y otros aspectos particulares de diversas índoles, que estos a su vez, están ubicados en un contexto histórico, social cultural y económico específico.

Las representaciones sociolingüísticas y por consiguiente, la identidad, están llenas de significados que construyen en conjunto una ideología, cuyo concepto remite tanto al ámbito de las ideas, de las creencias, de las representaciones subjetivas como al de las prácticas que constituyen el significado social de la actividad humana (Arnoux y Del Valle, 2010, p.5). Una vez se trasladan estas nociones al campo glotopolítico, surgen diferentes procesos que aluden a un sistema

mayor que converge en las denominadas ideologías lingüísticas, que se definen como las ideas que articulan elementos del lenguaje y sus expresiones contextuales (Del Valle 2007, p. 20). Estas, dan paso, con base en las asociaciones previamente mencionadas, a un fenómeno particular conocido como la naturalización que consiste elementalmente en la normatividad o asentamiento que instituciones con influencia sobre el desarrollo de la lengua ejecutan para crear e instaurar en el colectivo un sentido de naturalidad adjudicada a ciertos usos del lenguaje que favorecen a sus intereses.

II. Delimitación y contextualización del corpus

En este apartado, se presentará la revista SoHo, su apuesta editorial “especial de odios regionales” y por qué se analizará la columna “Contra las caleñas” de la periodista Andrea Díaz.

La revista colombiana SoHo (acrónimo de Solo Hombres) fue publicada por primera vez en 1999. En la actualidad es dirigida por Publicaciones Semana S.A. SoHo es reconocida por difundir contenido de erotismo femenino y fotografías softcore —o softporn.

En 2007, se publicó la primera de las columnas del “especial de odios regionales”: Contra los roles del periodista barranquillero Adolfo Zableh. Una propuesta editorial en la que participaron periodistas y escritores, y cuya intención era confesar la inquina que algunos colombianos sentían hacia compatriotas congéneres de otras regiones; especialmente a partir de percepciones estereotipadas. Durante ese año fueron publicadas tres columnas más contra hombres de otras regiones del país: los caleños, los paisas y los costeños. Todas escritas por periodistas de diferentes regiones también.

Sin embargo, a partir del 2010, cuando se empezaron a publicar columnas en contra de mujeres de otras regiones —costeñas, paisas y caleñas—, todas fueron de autoría de escritoras y periodistas de la capital, Bogotá. Y, por lo tanto, nunca se publicó una columna en contra de las rolas —las bogotanas.

Curiosamente, fueron estas columnas escritas por mujeres bogotanas en contra de sus congéneres de otras regiones las que más causaron revuelo en el país. Por ejemplo, “Contra las caleñas” de Andrea Díaz (2011), periodista de la revista Semana en ese momento. En redes sociales y medios de comunicación, incluso en SoHo, se difundieron cientos de columnas, entrevistas, blogposts y demás, rechazando la opinión de Díaz sobre las mujeres de Cali. Es por esta razón que se tomará este texto como objeto de análisis en el siguiente apartado.

III. Análisis

En este análisis se explorará cómo la periodista Andrea Díaz caracteriza la identidad bogotana, la identidad propia y la identidad caleña, con qué representaciones ideológicas las asocia y qué medios posibilitan la naturalización de sus ideologías lingüísticas.

- Identidad comunitaria: bogotana

Bogotá D.C. es un municipio de suma importancia política y cultural, pues fue la capital del Virreinato de la Nueva Granada por aproximadamente doscientos años y ha sido capital del estado desde la fundación de la Gran Colombia hasta la actual República de Colombia. Esto la ha convertido en el centro administrativo desde donde se ha gobernado el país. De hecho, por más de un siglo los mandatarios y parlamentarios que dirigían el país, también solían hacer parte de instituciones culturales y académicas desde las que publicaban su obra intelectual, que resonaban en todo el país y forjaban su autoridad (intelectual y administrativa).

La Academia Colombiana de la Lengua es un ejemplo de esto. Fundada en 1871, fue la primera de las academias de la lengua española en América y esta distinción todavía le trae prestigio. Algunos de sus primeros miembros fueron José Manuel Marroquín (escritor y expresidente), Miguel Antonio Caro (filólogo, escritor y expresidente) y Rafael Pombo, escritor y diplomático. Ellos se encargaron de diseñar la misión pastoral de la academia como guardiana de la lengua, que trabaja por el perfeccionamiento del idioma español en Colombia. E incluso cuando su actividad académica se ha reducido al mínimo, esta reputación se mantiene vigente. Vemos que con insistencia el director y algunos ex directores de la Real Academia Española (RAE) aseguran que en el país, particularmente en Bogotá, se habla el mejor español del mundo. En una entrevista para Radio UNIMINUTO, Dario Villanueva, actual director de la

RAE, comenta que “los colombianos hablan tan bien el español que sorprende” (2015); y también lo hizo el ex director Víctor García de la Concha: “el Español de Bogotá es considerado puro y de acento neutro [...] Colombia tiene la gloriosa tradición de cultivo de la lengua porque desde el momento mismo de la Independencia los próceres se preocuparon de cultivarla” (2015). En su columna “Contra las caleñas”, Andrea Díaz refleja esta percepción de prestigio del habla bogotana:

¿Acaso han oído decir a una bogotana: “Hola, yo soy más rola que el ajíaco”? No lo hacemos porque aunque nacimos en la capital del país —no solo de un departamento como ellas—, sabemos que afuera de Bogotá también hay vida.

Desde luego, la periodista se beneficia de la imagen positiva de su comunidad y de su habla (en una aparente posición de autoridad), y considera que tiene la responsabilidad de promulgar cuáles usos del lenguaje son correctos y aceptables. También cuáles son incorrectos y censurables: es una guardiana de la lengua.

- Identidad individual: Guardiana de la lengua.

Andrea Díaz acoge en su identidad individual la identidad colectiva que la rodea, se reconoce a sí misma como parte de la sociedad bogotana, como mujer rola y desde allí, se diferencia y distancia de las mujeres caleñas: “La verdad, me parece perfecto ser una rola engreída y, de corazón, no las envidio”.

Además, sustentada en su identidad colectiva bogotana, que la hace percibirse como poseedora de la variedad más prestigiosa del país, factores de su identidad individual pueden reforzar su percepción de autoridad: es una periodista de W radio en Bogotá, una de las emisoras más reconocidas del país, lo que le permite estar en contacto con la élite política, administrativa y cultural

del país. Su posición como periodista le permite participar constantemente de la discusión pública, tener acceso a un auditorio definido y un poder de influencia sobre él, por el otro lado, se puede inferir que a consecuencia de su vinculación laboral, Díaz usa la lengua culta. Todos estos factores la ubican en una posición de poder, privilegio que le permiten prescribir con desdén los usos propios de la variedad caleña con la misión de mantener el estándar y ejercer cómo guardiana de la lengua:

Es que a las caleñas les encanta esa letra, la 's'. Siempre la añaden al final de una frase. “Oís, ¿vos te enterastes?”, “ve, vos jupistes que...”. Debe ser que voseo calentano sin 's' al final de cada verbo no les suena tan bonito y por eso el énfasis permanente. Pero la 's' no es el único problema de las caleñas. Con ellas no se sabe si quieren decir 'm' o 'n' porque siempre confunden las dos letras, dicen “pam”, pero también “puncocón”.

En el fragmento se evidencia la intención de Díaz de reprobar la variación caleña del español desde un argumento aparentemente lingüístico fonético-morfológico, no obstante, en medio de su corrección se evidencian sus perspectivas valorativas: se califican aspiración de /s/ y el intercambio entre /m/ y /n/ como un problema que se deriva de la “confusión” y que podría asociarse con un cuestionamiento sobre la competencia lingüística de las mujeres caleñas, además, se asocia su pronunciación con lo “calentano”, refiriéndose al clima de Cali, tan distinto al de Bogotá y se hace referencia a la paragoge y también al alargamiento de /s/ en posición final, como una elección estética de las caleñas, que ella desaprueba.

A través de estos argumentos se vislumbran las representaciones ideológicas que ella construye sobre las mujeres caleñas, sobre su lugar de origen y sobre sus gustos, su discriminación hacia la identidad caleña enmascarada en la corrección de sus usos del lenguaje:

Yo me pregunto qué piensa una mujer cuando le preguntan por su lugar de nacimiento y responde con una frase que suena literalmente así: “Mirá, io joy másss caleña quel champússs”. O mejor, ¿piensa una mujer que da tal respuesta? ¿Qué le ve de bueno compararse con una bebida hecha de maíz, panela y lulo, que además de ser color lenteja, no se sabe si es para tomar o para cucharear?

- Caracterización de la identidad de mujeres caleñas

Como se menciona arriba, a partir de la caracterización de su identidad, Díaz toma una posición de autoridad y rechaza los usos incorrectos del lenguaje, vinculando su origen a la conducta ignorante y menospreciable de las mujeres caleñas. Es posible que la columna empiece rechazando el uso de la expresión “Mirá, io joy másss caleña quel champússs” porque es menos condenable señalar como incorrectos los usos lingüísticos de una comunidad que denominar sus comportamientos sociales como ignorantes o pueblerinos.

En adelante, la periodista asociará sus ideologías lingüísticas con las representaciones del habla caleña. Por ejemplo, Díaz alude a frases caleñas para demostrar que las mujeres de esta ciudad son regionalistas: “pero las caleñas, en cambio, se comieron el cuento de que “Cali es Cali y lo demás es loma”. Y se justifica en este enunciado para insistir en el tema y rechazar abiertamente este aparente comportamiento: “Y ni hablar de las conversaciones: todas se remiten a su ciudad natal”, “por ese sentido de pertenencia exagerado con su ciudad es que las caleñas nunca pasan desapercibidas” y continua con este aviso, “niñas: Cali está a media hora de Bogotá en avión, pueden ir cuando quieran, no se sobreactúen”.

Este último fragmento, se asemeja a la reprimenda de una mujer adulta a unas niñas para hacerles entender que no son el centro de atención, que deben salir de su burbuja, porque es la razón de su (lamentable) ignorancia, expresada también es su mal gusto: “basta oír música con una de ellas para notar que su mundo se reduce a cuatro canciones.”

La periodista explica que esta necesidad de las caleñas de ser el centro de atención las sigue en todos los espacios:

Si están en una rumba siempre tienen que invadir la mitad de la pista para bailar el ritmo que sea con perfecto coqueteo y movimiento de cadera provocador.

Este último juicio de valor sobre las caleñas parece ser el objetivo de la columna, explicar que “con las caleñas nunca se sabe”. No se sabe si son fáciles o queridas en exceso porque abrazan a todo el mundo y son melosas con cualquiera”. Sin embargo, la periodista tuvo que recorrer todo este camino desde el rechazo de frases locales y la dejadez de los usos del lenguaje para demostrar por qué tiene razón al escribir en contra de las caleñas.

IV. Conclusiones

En este momento posterior a la elaboración de los anteriores apartados, es posible bosquejar ciertas conclusiones, que no solo demuestran que la investigación glotopolítica es un campo necesario y legítimo para comprender los fenómenos de control que rodean al lenguaje mismo, sino que también redirige a la reflexión sobre las posturas y representaciones individuales y colectivas.

Dicho esto, el presente trabajo cumplió con sus objetivos iniciales de identificar y categorizar varios elementos teóricos en una muestra real, que demostró cómo la autoridad en el lenguaje y las ideologías lingüísticas están

más que presentes y que son influyentes en el desarrollo de la humanidad a través del tiempo.

Finalmente, cabe resaltar el papel que juegan las diferentes instituciones e individuos prescriptivistas en la cotidianidad, conocer su funcionamiento, las acciones que realizan y los efectos que generan es fundamental para no caer en su mismo accionar, llenando de prejuicios y concepciones equívocas nuestro pensar y abrir espacios necesarios de reflexión individual y colectiva, porque en la línea del planteamiento de Rossina Lippi-Green descubrimos que: "What is surprising, even deeply disturbing, is the way that many individuals though they consider themselves democratic, even-handed, and free of prejudice - hold tenaciously to a standard ideology which attempts to justify restriction of individuality and rejection of the other" (1994, p.170). Es decir, ninguno miembro de la sociedad, ninguno de los autores de este artículo, está excepto de ser, consciente o inconscientemente, un guardián de la lengua, un defensor de la ideología, un prescriptor, un discriminador "autorizado".

Referencias

Lippi-Green, R. (1994). Accent, Standard Language Ideology, and Discriminatory Pretext in the Courts. *Language in Society*, 23(2), 163–198.

<http://www.jstor.org/stable/4168513>

Milroy, James & Milroy, Lesley. (1999). Authority in language: Investigating standard English, third edition. *Authority in Language: Investigating Standard English, Fourth Edition*. 1-192. 10.4324/9780203124666.

WHORF, Benjamin Lee. "La relación entre Lenguaje, pensamiento y conductas habituales" .En Antología de estudios de Etnolingüística y Sociolingüística. México,UNAM.1974.

Arnoux, Elvira & Del Valle, José. (2010). Las representaciones ideológicas del lenguaje. John Benjamins Publishing Company.

Anexo

Contra las caleñas (Andrea Díaz, 2007)

Yo me pregunto qué piensa una mujer cuando le preguntan por su lugar de nacimiento y responde con una frase que suena literalmente así: “Mirá, io joy másss caleña quel champússs”. O mejor, ¿piensa una mujer que da tal respuesta? ¿Qué le ve de bueno compararse con una bebida hecha de maíz, panela y lulo, que además de ser color lenteja, no se sabe si es para tomar o para cucharear?

¿Acaso han oído decir a una bogotana: “Hola, yo soy más rola que el ajiaco”? No lo hacemos porque aunque nacimos en la capital del país —no solo de un departamento como ellas—, sabemos que afuera de Bogotá también hay vida. Pero las caleñas, en cambio, se comieron el cuento de que “Cali es Cali y lo demás es loma”.

Basta oír música con una de ellas para notar que su mundo se reduce a cuatro canciones. Hagan la prueba. Pueden estar en un matrimonio, en un bar, en una tienda de barrio, en un concierto de la Sinfónica interpretando música colombiana, o en la sala de una casa con el iPod en random; pero si suena “Caaali... pa-changuero”, la caleña presente se para a cantar a grito herido, se aprieta el pecho con las dos manos, da vueltas sobre un mismo punto y baila como si esa canción fuera un cántico de libertad después del fin de una guerra.

Y ni hablar de las conversaciones: todas se remiten a su ciudad natal. Todo está cargado de una nostalgia como si vinieran de Rusia. Niñas: Cali está a media hora de Bogotá en avión, pueden ir cuando quieran, no se sobreactúen. Esa nostalgia exagerada se ve mucho cuando hablan de comida: una caleña habla de los platos de su territa como si no hubiera punto de comparación. Pueden estar comiendo sushi, langosta o fritanga, siempre cierran los ojos y se

saborean anhelando un sancocho valluno, una lulada, un cholado, un manjar blanco, o los perros calientes de Mario Bross, así, con doble 's'. Es que a las caleñas les encanta esa letra, la 's'. Siempre la añaden al final de una frase. “Oís, ¿vos te enterastes?”, “ve, vos jupistes que...”. Debe ser que voseo calentano sin 's' al final de cada verbo no les suena tan bonito y por eso el énfasis permanente. Pero la 's' no es el único problema de las caleñas. Con ellas no se sabe si quieren decir 'm' o 'n' porque siempre confunden las dos letras, dicen “pam”, pero también “puncocón”.

Con las caleñas nunca se sabe. No se sabe si son fáciles o queridas en exceso porque abrazan a todo el mundo y son melosas con cualquiera. No se sabe si de verdad son buenas amigas o están dando una puñalada en la espalda. No se sabe si tienen buen culo o no porque casi siempre usan los engañosos 'jeans symbol' (SiM bolsillos, dirían ellas). No se sabe si son tetonas o no porque todas usan magic up —el famoso brasier con relleno—, y eso lo sabemos porque caleña que se respete siempre viste blusa manga sisa de color vistoso, apretada y con escote que deja ver el brasier que es casi siempre de encaje, y lo más importante: color beige oscuro, parecido al champús.

Por ese sentido de pertenencia exagerado con su ciudad es que las caleñas nunca pasan desapercibidas. Por no decir que siempre son unas “aletosas”, como ellas mismas dicen. Es imposible estar en el mismo lugar con una mujer caleña sin que su presencia incomode. Si están en cualquier esquina de Bogotá con frío extremo y lluvia, ellas son las únicas en ingeniárselas en ponerse ropa de tierra caliente para dejar ver su bronceado. Si están en una rumba siempre tienen que invadir la mitad de la pista para bailar el ritmo que sea con perfecto coqueteo y movimiento de cadera provocador. No es un secreto, las caleñas practican el baile embrujador que cautiva muchas miradas de hombres con mucha plata y poco gusto.

Van a decir, estoy segura, que me retuerzo de la envidia porque no tengo su tono de piel ni su sabor calentano, pero se equivocan. No me parece

halagador tener una personalidad arrolladora que me dé licencia de sacarme los calzones atrapados delante de cualquiera, o de saltar y aplaudir cuando por fin entiendo un chiste y me muero de la risa. La verdad, me parece perfecto ser una rola engreída y, de corazón, no las envidio.